

Sandra Viviana Pellegrini

CORTINA DE HUMO

Si cierro los ojos me hago invisible y como yo no veo a nadie, nadie me podrá ver. “¡Pobre idiota!” me había dicho mi madre riéndose hasta curvarse. Si cierro los ojos me hago invisible y nadie me verá. Era así. Yo era simple. “¡Qué niño más tonto!”, se burlaron los otros. Fueron agrios y crueles. Me miro al espejo y cierro los ojos y no veo nada: soy invisible. “Creemos que su hijo tiene algún problema psicológico” sentenciaron los doctores.

Hoy vas a aprender a matar gallinas — aseguró mi madre y agarró un animal del corral y sin parpadear, le retorció el cuello como si fuese una sábana.

Aquí está, ahora la desplumaremos y ¡qué buen guiso voy a preparar!

Vomitó. Quiero hacerme invisible.

¡Qué asco de hijo tengo! —dijo mi madre amenazándome con el cuchillo.

Ahora te toca y ni se te ocurra vomitar porque te lo hago comer —agregó.

¡No puedo, mamá, no puedo hacerlo! —le grité. Ella puso entre mis manos otra gallina y me obligó... sin compasión. Odio a mi madre, odio a las gallinas. Por favor, quiero desaparecer.

¡Ojalá te murieras! —deseó ella. Sí, ojalá me muriera.

Pero no morí. Con los años la sensación de malestar creció. La anormalidad me poseyó

para siempre y tenía que ocultarlo. Mis deseos de invisibilidad se fueron para dar paso a otros delirios.

“¡Qué callado estás hoy!”, me dijo Clara en el bar con desapruebo. Encendí un cigarrillo. Cortina de humo. “Estoy bien”, le contesté con sordo descontento. Mis rarezas me persiguen. “¡Qué callado estás hoy!” era una de las tantas frases, lo decía mamá. Mis horribles aprensiones.

La señora Irene quiere que riegue las plantas por la noche, “cuando el sol está bien abajo”. ¿Por qué no por la mañana? Es lo mismo. “¡Qué cabezón!”, me dice. Enciendo un cigarrillo. Cortina de humo. Siento presión en la cabeza, parece que fumar me libera... tan solo por un rato.

Quería hablar de cualquier cosa; pagué por hablar. La prostituta se rió de mí y no conmigo. Encendí un cigarrillo, luego otro y otro más. La cortina de humo se hizo muy densa. Me sentí poseído por la niebla y la furia acumulada en tantas cortinas de humo. Vi como mamá me obligaba otra vez a retorcer el cuello. Vomitó. No sé lo que hice, sí sé lo que hice. Me fui.

¡Qué cara de loco!, le digo a mi imagen en el espejo del baño. Enciendo un cigarrillo. Cortina de humo, la última. Llamaron al timbre. Vienen a buscarme. Ya es tarde, no hay cortina de humo que pueda ocultar mis trastornos.